

bien ser una niña mimada y casi irresponsable, que una hembra fuerte. Y su carencia de libertad y de fuerzas para ganarse por sí sola la vida, le hacen del matrimonio malavenido un muy aceptable objeto de sus miras. Como recibe una dote relativamente alta, que se entrega á su esposo; como el matrimonio se estipula por sus padres, hasta el punto de ser tenido por indelicadeza en un joven el dirigirse abiertamente á la niña antes que á aquéllos; y cómo el pueblo francés se caracteriza por cierto espíritu de avaricia, — resulta ese casamiento, en la mayoría de los casos, interesado. Los norte-americanos llaman á los preliminares de esas uniones «de conveniencia», *the tale of gold*, «el cuento del oro»... ¿No importan, en realidad, una traición, una estafa, un «cuento del tío», que se hacen los novios á su propia felicidad, á su honor, á su patria?

Y el ideal aristocrático de la educación de un joven francés, es hacerlo — ¡para siempre! — un *enfant sage*, sumiso, incoloro, inocuo... ¿Cómo se elegirán entonces uno y otro esposo?... Pero aquí es donde interviene un tercer factor, el *factor extraño*, del cual la literatura contemporánea nos ha dado los datos más repugnantes: la avaricia, que hace de cada hogar un desierto. Los novelistas realistas traen detalles inauditos para describir hasta dónde arrastra á veces á los matrimonios aristocráticos y burgueses el deseo de que su familia se

componga de un hijo único, ó de dos ó tres, á lo más; para que la fortuna, que se divide democráticamente por las leyes, no deba luego ser demasiado fraccionada. Y la moda que se imponen las castas aristócratas y burguesas trasciende — ¡oh snobismo! — como un úkase, sobre aquella parte del pueblo en que, por sus condiciones económicas, es viable la imitación de tan enfermizos ejemplos. Desgraciadamente, la parte más sana de las sociedades se compone de esos borregos de Panurgo que siguen siempre el rumbo que les marcan los delanteros; los que se apartan ó saltan el corral, salvo rarísimas excepciones de intelectualidad superior, son los más ruines. Los rezagados se quedan generalmente por débiles ó sarnosos. Los pocos espíritus que se remontan, son águilas, y los borregos de Panurgo carecen de alas para seguirlos. Por ello, se puede hablar en términos generales, sin encerrarse en el antiguo Faubourg Saint Germain, del cual hace tiempo que se ha dicho, como Marta del cadáver de Lázaro: *Jam foedit!*

Así como las niñas, también los jóvenes educados según el sistema francés, se casan, pues, frecuentemente por interés y por consejo de sus padres. Unas veces, porque se prolonga artificialmente la tutela á una edad en que debiera haber terminado; y otras, porque cuando se sienten hartos de sus correrías y libaciones, pueden buscar



un honroso retiro abusando impunemente de la ignorancia y la abstención del mundo en que se mantiene á las niñas casaderas... Esa ignorancia, que no es siempre inocencia, y esa abstención, que nunca es voluntaria, suelen ser circunstancias que impulsan á las jóvenes á desear el matrimonio, más que como medio de formar un hogar cristiano, como una escapada á su obligatoria reclusión de *jeunes filles*, para lanzarse en lecturas, teatros, bailes, exposiciones, bazares de caridad y otras diversiones de la vida social que su edad requiere y las costumbres les prohíben. El marido es entonces un Lohengrin que viene á librarlas del Hastío; pero su barca no llega impelida por el blanco cisne de las ilusiones, sino arrebatada por las pardas alas de las aves de rapiña. El cuarto de hora de tentación rabelaisiana, es, para esas pobres niñas, un mal momento de la vanidad, que, en ocasiones, más que sus galanes, sus padres aprovechan para imponerles un «buen partido». Son criaturas, y se las puede engañar con juguetes y diversiones. Bien pueden decir los madrileños que tienen prácticas semejantes que cuando «un hijo de Adán da fin, una hija de Eva da comienzo». Y esta hija de Eva da comienzo uniéndose sin ideales nobles á un hombre á quien no ha elegido de su propio impulso, y á quien acaso no la liga ni el vínculo de la simpatía; hambrienta de esas fiestas y goces de que tanto ha oído sin haberlos

podido gustar; incapaz por su ignorancia de ocupaciones serias que distraigan su mente ocupada en las frivolidades del traje y otras pequeñas vanidades; y rodeada de ciertos «caballeros», que no han sido modelados, seguramente, según el patrón ideal de lo que los ingleses llaman un *gentleman*, ya que Tomás Arnold tanto se extraña, sin escandalizar á Taine, de no haber hallado de ellos uno solo espécimen en Francia. Esos piratas galantes requerirán su amor propio tendiendo á su virtud toda clase de redes, peligros que ella afrontará cruzando el «mundo» del brazo de un marido que no la ha elegido por amor, que no ha encontrado en ella amor. ¡Pero el amor es una necesidad psico-fisiológica tan tiránica que, si no lo hallan en el hogar, uno y otro deberán, so pena de enfermedad ó desequilibrio, buscarlo, tarde ó temprano, fuera del hogar!...

El cuadro desalienta. Veamos ahora el reverso, ó sea, la manera como la *home education*, ó sea, el espíritu de lo que algún autor francés llama *education nouvelle*, produce el matrimonio, ó tiende á producirlo en Inglaterra. — El joven, que desde su más tierna infancia está acostumbrado á ejercitar su iniciativa inconsulta, á manejarse solo en sus dificultades, á costearse sus gastos con su trabajo y á una vida del todo independiente desde su mayor edad, es libre en absoluto de requerir



en persona la mujer hacia quien su corazón lo impulsa, sin solicitar previo permiso de los padres de ésta. No hallará como obstáculo el absurdo prejuicio francés que le obliga á considerar tal paso indigno de la escrupulosidad de un caballero. Como no se dota á las niñas sino con una cortísima suma destinada á cubrir gastos menudos, llamada *pin-money* («dinero para alfileres»), y como los padres dejan casi el total de su fortuna al hijo mayor ó á ciertos hijos varones, el interés no le será cebo, así como la necesidad no le fué aliciente. Formado en un hogar moral, vibra desde sus primeros años en su alma el anhelo de formarlo á su vez, anhelo que no ha sido desvirtuado por experiencias de concubinato, pues la sociedad y su familia son intolerantes al respecto. Jamás una madre inglesa ó alemana escucharía á su hijo las confidencias que soportara al suyo Madame de Sevigné, y que aun repitiera á su propia hija. Los jóvenes mismos reprueban ciertas jactancias que en otros países son las más corrientes. La edad, el clima, el medio, la disciplina, el espíritu religioso, el patriotismo, los viajes, la costumbre de vivir gran parte del año en el campo, todo contribuye á que el varón mire el matrimonio bajo el punto de vista más elevado, y al *home* como el retiro más amable para curar las heridas que se reciben en las batallas de la vida y en los torneos de la vanidad.

Esto en cuanto á los hombres. No menos eficaz es á contribuir al eximio resultado el espíritu y la educación de la hembra anglo-sajona. Como su instrucción es vasta, sólida y práctica, como posee algún arte ó ciencia que pueden ser su profesión en caso de necesitar ganarse su diario sustento, no ve con horror la eterna soltería siempre posible. El estado *spinster* independiente por su trabajo ó por su fortuna, de «tía» trabajadora y libre, no es ridiculizado en Inglaterra, sino considerado como útil y noble. Sus estudios le hacen entreverlo como un *modus vivendi* no muy penoso y que puede darle alta consideración y notoriedad en las artes, la enseñanza, la literatura. En la última llegan á sobresalir más que en otros países, en cuya prueba citaría, entre muchísimas, á las señoritas Thackeray, Gaskell, George Eliot, Carlota Bronté, Isabel Bronwning, María Coreli. Su experiencia del mundo y su admisión en la vida social, no las hace desear el matrimonio como un medio de clavar el diente en el fruto prohibido del cercado ajeno, ó de inmiscuirse en las diversiones que tanto gustan á las jóvenes de todas las razas. El ejercicio continuo fortifica su cuerpo, así como el régimen de libertad fortifica su espíritu. Hasta en las tablas, en medio de múltiples y poderosísimos excitantes, frecuentemente se conservan puras (suelen seguir la carrera como un medio de hallar un esposo de más alta esfera so-



cial), que á este respecto, la artista inglesa merece, sobre sus colegas de otras razas, los honores de una virtud... relativa.

Virilmente fortalecida de cuerpo y espíritu, la doncella anglo-sajona se lanza valerosa y despreocupadamente al mundo, á escoger, sirviéndose de complejos y variados *flirts* (la palabra es inglesa en todas las lenguas), el marido que le convenga, sin que haya peligro de que nadie abuse de una debilidad que no tiene, ni de una inocencia exenta de malicia, pero llena de conocimientos y energías morales. Si en otras partes (¡oh bárbaros extranjeros!) el acto de engañar la inocencia de una soltera se suele reputar una «viveza», casi un mérito, en la vida social, ella sabe que eso, en su patria, se reputa una infamia. Así, ella se da un lugar de camarada y candidato, que el hombre por su flema, su respeto á la mujer y el aprecio de sus fuerzas, no trata de atacar con sus galanterías sino cuando lleva sanas intenciones. Bien sabe ella que, tanto como las costumbres, la protegen las leyes; que el Jurado condenará al hombre que le dé palabra de casamiento y falte á su compromiso, aunque nunca cohabitaran juntos, por el solo delito de haberle mentido y robado un tiempo precioso (la juventud, *hélas!*), á pagarle una indemnización considerable, que le acarreará más provecho que ridículo. Porque el *humour* británico no ridiculiza

la extravagancia, sino la inmoralidad. Cuando se halla sola entre hombres, está segura de que nadie la burlará, ni chocará, ni vejará en forma alguna, porque si un hombre la faltara, todos los demás presentes, por el espíritu de moral solidaria de la nación inglesa, eficazmente la defenderían. Por ello puede viajar sola, y entregarse, bajo la salvaguardia de la honorabilidad gentlemanesca de sus conciudadanos, á todas las tareas que le agraden.

Y si en Inglaterra, Irlanda y todas las colonias británicas se respeta, so pena de indemnizaciones, el contrato de esponsales, — en Escocia, el casamiento se formaliza por el simple consentimiento de las partes, manifestado por escrito ó ante un testigo. Hay en la frontera anglo-escocesa, á pocas horas de Londres, una famosa herrería, la de Gretna-Green, donde se realizan, *per sepe*, los matrimonios que en Inglaterra dificultan las leyes. Basta la mutua voluntad expresada en un documento que allí se firma, ante el herrero, quien, en vez de echar la bendición á los novios, da un golpe de martillo sobre la fragua para significarles que ya están casados. El cargo de herrero-casamentero se viene heredando desde varias generaciones; constituye una costumbre y una tradición local. Los novios vuelven después á Londres, tan indisolublemente casados como si lo hubieran sido ante el Registro



civil y por el arzobispo de Canterbury. — En Holanda, los novios, para conocerse mejor, suelen viajar juntos y solos; y si en ese viaje se convencen de que no existe entre ellos verdadera «afinidad electiva», rompen, sin que sufra en lo más mínimo la reputación de la joven.

Aunque no se haya calificado jamás al pueblo anglo-sajón de «galante», ninguno sostiene mejor los fueros del sexo femenino, en razón de una moral muy lógica, que defiende lo indefenso contra lo ofensivo, lo débil contra lo fuerte... Hay en la galantería latina mucho de enemistad contra el sexo opuesto; en la sencillez sajona, mucho de fraternidad cristiana... Cuanto más donjuanesco es el tipo característico del hombre de mundo, menor es su consideración á las mujeres, sus deseadas víctimas, y la sociedad inglesa execra la egoísta silueta de don Juan... Léase la vida de lord Byron, su poeta, cuya imagen ha sido excluida del zócalo de la estatua del príncipe Alberto, en Hyde-Parck, donde se hallan, sin embargo, las de todos los grandes poetas nacionales y extranjeros... Déjese á un lado lo que pueda haber de hipocresía en este pudor ostentoso, y recuérdese su belleza moral, si sincero fuese, y su utilidad práctica. Sólo con tales principios es posible el espíritu individualista de la *home education* anglo-sajona y la fecunda expansión del feminismo, que aporta á la produc-

ción nacional tantas nuevas fuerzas que otros ambientes esterilizan en una inacción forzada.

¡Felices las jóvenes que no ven en el matrimonio el único rumbo posible de su vida! — El dilema suele ser en Francia, Italia, España y países similares, para la joven honrada, himeneo ó beaterio mojigato y estrecho. Porque el injusto y absurdo menosprecio que provocan las «solteronas» (*vieilles filles*), sobre todo si son pobres, las obliga á buscar un consuelo para su fuero interno, y hasta un baluarte para satisfacer su dignidad (*omnia vanitas*) en su fuero interno... ¿Y dónde hallar ese consuelo y ese baluarte sino proclamándose «elegidas» de Dios? Es decir, superiores á aquéllos que estúpidamente las burlan, y á cuyas burlas ellas invocan á la Divinidad con estos términos: «Perdonadlos, Señor, que no saben lo que hacen». Ellas sólo saben lo que ellos hacen, y se proclaman superiores á su destino, ¡y aun á sus detractores! Es justo. Es su revancha. Es la revancha fatal de su propia humanidad, vilipe diada y desconocida. ¿Cómo inculparlas entonces, pobres inocentes, de un fanatismo obligado que debería provocar en pechos varoniles más simpatía que desprecio? En los países de habla castellana, las costumbres han consagrado esta frase odiosa, que significa «no casarse»: «quedarse á vestir imágenes». ¿Por qué no pro-



pende á que se queden... á cualquier otra cosa, el magisterio, las artes, la literatura, la medicina, que sea de mayor utilidad social y equivalga á un mejor derivativo para llenar el vacío que la soltería deja en ellas mismas? ¿Que busquen su lámpara esas frágiles mariposas sin hogar, en otras actividades menos pueriles que el arreglo de altares, aun dentro de la misma piedad cristiana! — ¡Cuánto más noble es la libertad de una hembra anglo-sajona, que no teme á los hombres, ni ansía en su juventud el matrimonio, como único destino honroso! Sólo después de estudiar y conocer á los hombres, ella se casará ó no, según su criterio. Pero si se casa, basará su hogar sobre esta piedra divina: el amor, previo y consciente. No será sorprendida, ni engañada, ni forzada. Aceptará al esposo, si lo encuentra, con toda la conciencia y libertad que requiere el resolver problema tan fundamental de la vida, cual lo es encontrar la persona á quien deberá ligar todas sus fuerzas, todos sus afectos, todos sus ideales... ¡Si el hombre vive para la especie, aprenda al menos á vivir para la especie, sin coartar las leyes de la naturaleza con pequeños prejuicios é indignas preocupaciones!

Compárese éste y aquél cuadro. El contraste de luz y de sombra es demasiado violento para que sea necesario hacer resaltar el absurdo de uno y la excelencia de otro sistema de educación

privada y pública. Pues, aunque para evidenciarlo haya yo recargado exageradamente los tintes, al estilo de Taine y de ciertos pintores impresionistas, el dibujo de los contornos es exacto. Todos sabemos, por confesión de la propia parte, por la estadística y la literatura, cuánto disminuye la población de Francia, cuánto ha decaído la moralidad, el poder y la riqueza de una nación que, siendo inteligente entre todas, disculpa el concubinato, sonríe el adulterio y facilita el divorcio, que en este caso viene á ser un bien, pues es un mal que disminuye mayores males...

En cambio, el hogar inglés ideal es modelo de hogares. Y en esa fundamental institución, el *home*, halla en Inglaterra, en general, punto de apoyo á todas sus victorias, y especialmente es la clave de su espíritu colonizador que tiende á conquistar el mundo. La palabra *home* significa, al propio tiempo que «hogar», «patria». Ningún pueblo más apto para colonizar, porque ningún pueblo sabe implantar mejor su casa en extranjera tierra, como una semilla estable de moral, de expansión, de nacionalidad; como un baluarte invulnerable de virtud y de fuerzas, como refugio templado y confortable contra los rigores de las cosas y las venganzas de los hombres; como un pedazo de la patria misma, á la cual se llega así á tener presente en la India, en Canadá, en Aus-



tralia, en el Cabo, en los antípodas; que por doquiera hay un hogar inglés es un pedazo sagrado de Inglaterra. El secreto está en la manera íntima de concentración del inglés en su casa, que es como un oasis en el desierto de las muchedumbres. Esa concentración explica cómo acumula en él novelas, libros, revistas, objetos, comodidades, todo lo que pueda hacerle un retiro deleitoso para pasar la mayor parte del tiempo, y esa concentración se explica por el amor á su esposa y á su prole. Ese amor, por la manera espontánea en que se efectuó su matrimonio; ese matrimonio, por la independencia del espíritu de su educación. No pretendo que ese empalme de efectos lo sea de causas únicas; es decir, que las citadas sean exclusivas de otras congruentes, lo cual sería desconocer no sólo la naturaleza de ese bello fenómeno, sino la de todos los fenómenos sociales; lo he descrito así, como describiría un viajero el sesgado curso de un gran río, desde su nacimiento hasta su desembocadura, sin detenerse en los pequeños é innumerables afluentes que coaumentan la majestad del caudal de sus aguas.

Estas diversas circunstancias es lo que da á las casas anglo-sajonas su *cachet* singular é inconfundible, desde la bodega, mejor provista de lo que se creería según los medios de vida de la familia, hasta el *drawing room*, la sala, que nunca

es salón (sólo poseen salones los magnates); y que siempre presenta, sin someterse á estilo alguno, el cariñoso aspecto de un *bric-à-brac* de muebles cómodos y objetos interesantes. El ama de un *home* anglo-sajón, cuando visita por primera vez en confianza la casa-habitación de una familia burguesa y latina, después de ojear los muebles lujosos y de estilo, impropios para el uso diario, que dan á la sala y la antesala pretensiones de salones de recepción, pregunta siempre cuál es el *sitting room* de ese hogar, dado que su *drawing room* no se presta á tal uso... Y la verdad es que el hogar carece de *sitting room* adecuado, es decir, de una pieza para pasar confortablemente todas las noches, y las tardes de días festivos, en la sociedad de la familia; pieza alhajada ex-profeso, y diversa de los *sitting rooms* ocasionales que se puedan constituir en el comedor, en la biblioteca, en el tocador... Es porque «la función hace el órgano», y en ese hogar latino la gente es ave de paso; sólo va á su casa á comer, dormir y trabajar, y á veces á recibir los amigos, pero no á hacer la deliciosa é insustituible sociedad de la familia. Aparte de la sangre, el clima es el primer culpable, porque el calor y el sol invitan á tomar aire, á pasear tranquilamente por las calles el *bonheur de vivre*; y el frío y la niebla y la lluvia, á buscar, después del ejercicio reconfortante, un agradable rincón junto á



la chimenea, que los antiguos godos hispánicos, que venían del Norte, llamaron «hogar». Por falta del sol, no se concibe la Puerta del Sol en las irradiaciones de Leicester Square.

En todos los detalles de una casa anglo-sajona aun en las gentes de baja categoría social, se revela el cariño con que sus dueños la alhajan, dándole un aspecto de bienestar que sorprende y hace presuponer al extranjero una posición económica é intelectual superior á la realidad. Y nunca es más típico ese hogar que en las casas de campo (*country houses*). Es que la *home education* británica prepara mejor que ninguna otra al individuo la vida de campo en el seno de la familia. El *country gentleman* se esfuerza más que nadie en reunir en su nido, ávido como una urraca, cuanto puede ser agradable para sí, los suyos y sus huéspedes, ya en tiempo de las nieves, que es cuando resulta más abrigado y simpático, ya en la estación balsámica de las flores. Preguntadle por qué atesora allí con un afán que parece pueril una serie de chucherías casi siempre desprovistas de valor intrínseco, y os responderá que son pequeñas cosas *homely*, que hacen su retiro *homely*... Tratad de traducir ese adjetivo, que representa la cualidad esencial del *home*, ó mejor dicho, el cúmulo de cualidades que constituyen la grande atracción del *home*, y no hallaréis término exacto en otros idiomas... Porque, en su forma típica,

sólo en pueblos de habla inglesa existe la cosa, y, como todos sabemos, nadie inventa palabras para lo que no conoce.

Y antes de concluir tan interesante tópico, creo deber complementar mi contestación á aquellos que arguyen como un defecto del sistema de la educación doméstica anglo-individualista, que éste quita á la mujer el encanto de su feminidad; que la despoja de sus cualidades de tal, para transformarla en un ente *sui generis*, sin los femeninos encantos y sin las fuerzas masculinas. Contra ello debe objetarse que, si por feminidad se entiende frivolidad é ignorancia, valiera más que no existiese; que la maternidad exige conocimientos y energía; que la «mujer fuerte», ya que esa designación en tal sentido se emplea, es un factor de tranquilidad para el hogar y de progreso para la patria, pues como compañera del esposo, colabora en su obra, y como educadora de su prole, contribuye á lo futuro; y, en fin, que una sana y sólida educación á la inglesa, como lo demuestran los hechos, lejos de convertir á la delicada mujer en arpía, como se pretende, encauza, para común utilidad, las facultades de la hembra fuerte, cuyos bríos ingénitos no excluyen los aterciopelados matices de la psicología de su sexo.